Recuerdos en presente

Iracema Ricardo Perdueles

Image not found.

Capítulo 1

El clima es helado, el viento roza los rostros y sin importar cuan soportable sea para cada quien, corta de dolor la piel. Todo es limpio, hermoso, un olor a nuevo que distrae el olfato dañado por el olor a humo de mi país. Más que distraerlo, lo cautiva. Respiro, trago por la nariz, la boca, la piel, la limpieza del viento, pero los ojos no se celan, porque para ellos el espectáculo es grandioso, todo tiene luces de neón, todo tiene color, todo está tan cuidado que asusta. Asusta para quien viene del lugar de la belleza dormida. La avenida es amplia, alegre, llena de comercios que invitan a olvidarte de cuidar el bolsillo, los autos pasan disfrutando del camino, no echan gases oscuros, no hieden, no usan el claxon, hay generosidad vial, peatonal, como si todos supieran respetar el lugar del otro. Una disciplina social que va en los huesos y que atrapa incluso al inmigrante.

Terminas la inmensa avenida y aparece el espectáculo mayor, primero te llega su sonido, para que el oído no sienta envidia del resto de los sentidos ya enamorados. El sonido de su agua caer, excitante hasta jugar con lo afrodisíaco. Tiene eco, tiene su propia voz, te habla desde su lenguaje cristalino, cristalino como sus aguas heladas. Me enamoré de su belleza, de su fuerza, de su limpieza, de la magia que produce en mí. ¿Que hago yo, una muchacha cubana de 24 años, robándome como si existieran solo para mí, las Cataratas del Niágara?

Camino al borde del muro, no existe nadie más, estoy sola en el mundo fantástico en el que acabo de entrar, en el que ella me metió, veo como en una película, ajenos a mí, a los turistas que sacan sus cámaras, queriendo documentar un paisaje que, si eres atento, no necesita de una foto para recordarlo porque hace estrellitas inolvidables en tu memoria. Pasa una vieja y sus nietos, pasa una pareja envuelta en amor, lo sé por el brillo de sus ojos al mirarse, solo el amor pone lunas en las miradas, pasa el señor de los globos, en un carromato colorido de 3 ruedas idénticas, trae los afiches, los recuerditos para llevar a casa como muestra de que estuviste ahí, pasan unos chicos sonriendo amplio, haciendo piruetas en los charcos, pasa mi alma en medio de todos ellos, porque ya voló, ya se salió de mi cuerpo, ya fue a juntarse con la naturaleza, a preguntarle como hiciste para crear algo tan hermoso, tan tuyo que ahora es mío.

Navega un barco, el capitán hace sonar su sirena, les cuenta el guía como la máquina está a toda velocidad y el armatoste de hierro inmenso no avanza, porque su fuerza no es capaz de competir con de las aguas, de la bravura enardecida de esa cascada. Una cortina transparente, rápida, eterna. Todos llevan capas para proteger al cuerpo del frío de las aguas, que anda por doquier, juntándose con al aire que intensifica el vuelo de sus gotas y cubren todo de humedad. Y vuelven las fotos…Cuanto

deberíamos aprender a ver sin los ojos.

Soy mujer, soy ave, soy viento, soy sus aguas. Soy y no soy. Carezco de masa corporal y también pesa el cuerpo. Me uno a la muchedumbre, vuelvo a lo terrenal porque siempre evito socializar, como si mis pensamientos y yo quisiéramos siempre estar solos. Pero entiendo por ratitos que a veces debo poner a dormir mis demonios. Le sonrío al señor del carromato, me acerco y pago por recuerdos para llevar a los otros, a los que no tienen la suerte de llegar hasta aquí a amarla como yo, sonrío ahora para mis adentros, recordando que mis ojos llevan su imagen, ya no hay pupilas, solo agua pura de glaciares. El señor me sonríe como si me adivinara, quizás no existe solo para secarte los bolsillos, quizás es parte de ese mundo enrevesado y universal, espiritual para quien se deja llevar, y me entiende; le miro fijo, me entiende, sé que me entiende.

-Sí, es muy hermoso- le digo.

-No, es mágico, lo sabes-responde él y nuestras almas estrechan sus manos. Curioso cómo aquel personaje sencillo de ropas gastadas siente tal y como yo, que voy envuelta en piel cara y estúpida. No me juzgues por la apariencia, digo sin voz, pidiendo perdón por andar superficial cuando sé que mis galas no les hacen justicia a mis sentimientos. Pido a gritos en un silencio sordo que note que no soy materia, porque yo sé que soy espíritu. Y vuelve a sonreírme, porque me leyó, porque saber leer. Me entrega una bolsa rosa con mi compra, le pago, le dejo el cambio como si con ello pudiese cubrir sus carencias, cuando sé que las carencias de las almas errantes son eternas, pero comprendo que hay un mundo físico, que como aquellos que esperan las mercaderías de mi compra, los suyos esperan las monedas para el pan. Pero él y yo sabemos, sin decirlo, que tenemos todo.

Miro la cascada por última vez, pero no me despido, no te puedes despedir de algo que ya es parte de ti, le doy la espalda suavemente, caminando en sentido contrario, volviéndome de tanto en tanto para darle mentalmente mis cumplidos, para perpetuarla en mi memoria. Y ahí se queda, idéntica, majestuosa, cual reina. Y me manda aún más fuerte su sonido. Y escucho…escucho...la amo…y sigo.